

TLÁLOC: SU EXTRAÑA MASCULINIDAD. UN COMENTARIO

Marialba Pastor Llaneza
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM
Contacto: llaneza@unam.mx
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8667-0475>

Resumen

En los restos arqueológicos prehispánicos —los únicos que realmente nos aproximan al pasado mesoamericano— observamos tantas y tan diversas representaciones de Tláloc que resulta extraña su definición como dios masculino del agua, la tierra, las lluvias, las tormentas, los rayos, etc., difundida por los cronistas coloniales y los científicos sociales contemporáneos. Pienso que esta definición no dejará de ser extraña mientras los restos de la preconquista se sigan explicando con las interpretaciones posconquista (incluidos los escritos de quienes conforman la llamada tradición indígena) y la etnografía, sin poner suficiente atención en la religiosidad cristiana inserta en ellas.

Palabras clave: Tláloc, Masculinidad, Historiografía, Deidades prehispánicas, Antropología de la sexualidad.

Abstract

In the pre-Hispanic archaeological remains -the only ones that really bring us closer to the Mesoamerican past- we observe so many and so diverse representations of Tlaloc that its definition as a male god of water, earth, rain, storms, lightning, etc., disseminated by colonial chroniclers and contemporary social scientists, is strange. I think that this definition will not cease to be strange as long as the remains of the preconquest continue to be explained with postconquest interpretations (including the writings of those who make up the so-called indigenous tradition) and ethnography, without paying enough attention to the Christian religiosity inserted in them.

Keywords: Tlaloc, Masculinity, Historiography, Prehispanic deities, Anthropology of

sexuality.

Los escritos de los cronistas religiosos y sus discípulos son fuentes de segunda mano porque ninguno de ellos presencié los ritos y cultos relacionados con Tláloc. No vivieron en los tiempos prehispánicos y escribieron de oídas, a veces siguiendo las pistas falsas que les proporcionaron conquistadores y sobrevivientes indígenas que difícilmente habían ocupado cargos de sacerdotes o señores principales quienes, en su mayoría fueron asesinados como parte de la necesaria destrucción cultural y material que requería el sometimiento de los pueblos conquistados.

Utilizar información proporcionada por españoles inexpertos en asuntos de la religiosidad prehispánica, como lo hacen todavía muchos historiadores, antropólogos y arqueólogos, es un error en términos epistemológicos por varias razones. En primer lugar, porque los españoles nombraron, es decir, le dieron significación y se apropiaron de las palabras y las cosas del mundo indígena mesoamericano sin poseer capacidad para comprender lo extraño. En segundo lugar, porque no advirtieron o no les interesó advertir la diferencia entre unos y otros pueblos mesoamericanos los cuales hablaban distintas lenguas y practicaban cultos variados dando por resultado una homologación de ellos.¹ En tercer lugar, porque, tras la Conquista de México, el mundo mesoamericano se leyó en clave cristiana y patriarcal, es decir, androcentrista y misógina; maniquea y escatológica; hipersexualizada y, por lo tanto, obsesionada con lo que consideraron pecados de la carne. En cuarto lugar, porque los evangelizadores buscaron dioses y diosas personificadas, al igual que las deidades grecolatinas y los personajes bíblicos, y esto promovió la adaptación de los mitos y ritos de los paganos por ellos conocidos a los indígenas.

Además, el imperio-centrismo, sobre todo de Cortés y sus fieles repetidores —los cronistas e historiadores posteriores que no dudaron de su relato—, fue aceptado por los frailes y las nuevas generaciones de novohispanos de modo que se creyó que un imperio similar al español, el azteca, había dominado desde hacía dos siglos todo el centro y sur de México. De ahí la idea de la existencia de una religión predominante, la mexicana, con la cual tendieron a asignar un solo modelo a todas las creencias. Así “aztequizaron” el nuevo mundo.

A continuación, voy a tratar de mostrar cómo los cronistas españoles no percibieron que la imagen glífica denominada Tláloc —no la llamaré dios, ni diosa, ni deidad dual—

¹ Entre ellos encontramos la obra de Philip P. Arnold, una de las más completas sobre Tláloc. Ver: *Eating landscape: Aztec and European occupation of Tlalocan*, Niwot, University Press of Colorado, 1999.

estaba asociada estrechamente con la fertilidad por la presencia en cerámica, pintura, arquitectura y escultura de: el rojo de la sangre menstrual; el líquido amniótico del parto; la sangre del sacrificio; el cordón umbilical como principio y fin de la vida; el cuello o anillo y el recipiente uterinos; las culebrillas, las conchas, los caracoles y otros moluscos y crustáceos de procedencia acuática y, sobre todo, el culto a las serpientes que se apareaban en los maizales y proliferaban por todo el territorio con su gran poder de reproducción. Dejaré la revisión historiográfica de Tlálloc así como las explicaciones y los debates contemporáneos para un trabajo más extenso, pero adelantaré algunas consideraciones.

En tanto el periodo cronológico de las representaciones que voy a mostrar abarca entre tres y cuatro siglos antes del arribo de los españoles, es importante señalar que durante ese tiempo el continente americano vivió multitud de desastres naturales, migraciones internas y, por consiguiente, desarrolló numerosas formas de comunicación (lenguajes hablados, pictogramas, logogramas e ideogramas). Así mismo se abrieron amplias rutas comerciales que implicaron el intercambio de todo tipo de mercancías, incluidas imágenes y creencias en fuerzas naturales y sobrenaturales. Por estas razones, el significado de los símbolos que encontramos en los restos arqueológicos difiere según su contexto, aunque estos objetos compartan algunos elementos. De hecho, el propio fraile dominico Diego Durán lo reconoce al decir que había gran variedad de cultos y ritos “según la inventiva de los sacerdotes y persuasión del demonio”.²

En la primera mitad del siglo XX, Miguel Covarrubias asoció la iconografía de Tlálloc con el jaguar bebé motivo de la “madre sapo” símbolo de la fertilidad entre los olmecas (fig. 1)³ quienes han sido considerados poseedores de la “cultura madre mesoamericana”. Si observamos ésta y la figura denominada “cara de bebé jaguar olmeca” con atención, no encontramos razones para tal designación, por otra parte, son asexuadas.

² Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de tierra firme*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones, 1995, p. 132.

³ Arnold, *op. cit.*, p. 39.

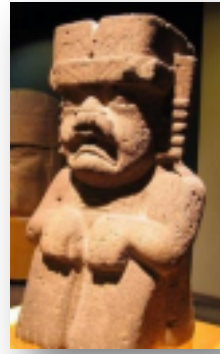


Fig. 1. Madre sapo olmeca (1500-300 A.C.) Fig. 2. Cara de bebé jaguar olmeca (1500-300 A.C.)

Un salto de quince siglos nos lleva a las representaciones atribuidas a Tláloc, aceptadas en general como las más antiguas. Se encuentran en Tepantitla y Tetitla (Teotihuacan), fechadas entre el 100 y el 750 d. C. Al observar el mural de Tepantitla nos preguntamos algo que se desprende de debates contemporáneos: ¿la figura central es la de un dios, una diosa o es un entramado de símbolos que significan algo? Ha sido definido como Tláloc, el dios del agua, la lluvia, los rayos, las tormentas, pero también, como Esther Pasztory advierte, puede tratarse de la representación de una ceremonia a “la gran diosa” relacionada con las lluvias, la abundancia y la cueva.⁴

Alfredo López Austin identifica la parte alta del mural con Tamoanchan y la parte baja con Tlalocan, dos especies de paraísos terrenales. Pero lo que vemos son tres secciones. En la superior, sobre un fondo rojo se distingue el entramado de símbolos que forma una figura, la cual porta una máscara parecida a la cabeza de un pájaro o una serpiente emplumada, con anteojeras, orejeras, bigotera, dientes flanqueados por dos colmillos curvos y un penacho con plumas abiertas a ambos lados. De sus manos brotan chorros de agua. Del gran árbol florido de que está detrás de esta figura también caen gotas de agua. A los lados hay plantas sembradas, pájaros que cantan y dos figuras, estas sí humanizadas, vestidas con una compleja indumentaria. Se ha dicho que son sacerdotes, tlaloques o ayudantes de Tláloc, o desdoblamientos de Tláloc mismo.⁵

La figura central está asentada sobre una base con la representación de olas o ríos sobre montañas. (Figura 3) La segunda sección es una franja de serpientes onduladas y

⁴ El punto de vista de Esther Pasztory ha sido debatido y no totalmente aceptado. *The murals of Tepantitla, Teotihuacan*, New York, Garland STPM, 1976.

⁵ Alfredo López Austin, *Tamoanchan y Tlalocan*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 223-225.

entrelazadas sobre fondo rojo. (Figura 3) En la tercera sección del mural, con el fondo rojo también, se encuentra representada una montaña de la cual emergen las aguas en donde mariposas y figurillas humanas asexuadas se bañan, hablan o cantan y realizan labores cotidianas relacionadas con la siembra y la recolección. (Figura 4) Es evidentemente que el mural se refiere al agua, la agricultura y la fertilidad, no solo por el tema, sino también por los símbolos acuáticos (caracoles, conchas y serpientes) representados que en casi todas las culturas del mundo remiten a feminidad.



Figura 3



Figura 4

En el otro mural, el de Tetitla (Teotihuacan), también se ubican figuras definidas como Tláloc. Están pintadas portando penachos en forma de serpiente emplumada. El pectoral tiene una máscara con ojos humanos, fauces de felino y piedras verdes (la piedra del agua para unos y del sacrificio para otros). De sus manos emerge agua. (Figura 5)



Figura 5

En el mismo gran centro ceremonial de Teotihuacan, el cual se erigió en los márgenes del

río san Juan, se encuentra la pirámide de la Luna. Frente a ella se ubicaba un monolito con elementos acuáticos atribuidos a la diosa del agua Chalchihuitlicue. Es probable que la fecha de elaboración haya sido anterior al 600 d. C. lo cual nos hace pensar en otro contexto cultural, aunque sus referentes al culto al agua y la fertilidad se conservan. (Figura 6)



Figura 6. Chalchihuitlicue

También frente a la Pirámide de la Luna, se encuentra el llamado Templo de Quetzalcóatl con las cabezas de un supuesto Tláloc y un supuesto Quetzalcóatl. El supuesto Tláloc está formado por mazorcas y un par de anillos bordeando sus ojos. Y el supuesto Quetzalcóatl es la cabeza de un felino rodeado de plumas o escamas de serpiente. ¿Por qué ver en ambos dioses? A los lados de estas representaciones sobresalen las grandes serpientes que se hallan en un medio acuático rodeadas de caracoles, algo similar a las de la pintura mural vista antes. (Figura 7)



Figura 7.

Hasta aquí podemos decir que en Teotihuacan las representaciones pictóricas y escultóricas nos conducen a asociarlas con el agua, la tierra, el maíz, la fertilidad y las serpientes. Es

posible que hayan sido elaboradas por su función mágica homeopática y propiciatoria para integrar la naturaleza a la vida cotidiana agrícola y a las relaciones sociales de producción, reproducción y parentesco.

En regiones mixtecas y zapotecas otras esculturas se han identificado también con Tláloc como el dios masculino del agua, la lluvia y las tormentas, cuando la máscara, los colmillos y la lengua bífida, así como la vasija y el infante a la altura del vientre nos podrían remitir a cultos femeninos de fertilidad y reproducción. (Figuras 8, 9, 10 y 11)



Figura 8. Dazui en forma de gota, Monte Albán, Oaxaca.



Figura 9. Pitao Cocijo, cultura mixteca San Juan Achihutla, Oaxaca



Figura 10. Pitao Cocijo, Monte Albán, Oaxaca.

Figura 11. Pitao Cocijo, ¿dios? Mixteco zapoteco del agua, Oaxaca.

Un salto de 800 años, o sea, de 40 generaciones de 20 años, aproximadamente, nos conduce al Templo Mayor de Tenochtitlan donde los miles de objetos encontrados proceden de épocas distintas y de otras regiones, principalmente del sur de México, tal vez por haber sido tributos o haber sido entregados como ofrendas por constituir un lugar central, cohesionador y/o de intercambio. La importancia de la serpiente que, como señalamos antes, es símbolo de la fertilidad, destaca notoriamente. (Figura 12)



Figura 12

Otra pieza vinculada con la fertilidad es el caracol gigante. (Figura 13)



Figura 13

También encontramos un Chac-mool frente al templo de Tláloc con máscara de Tláloc y pectoral de chalchihuites o piedras del sacrificio. (Figura 14).

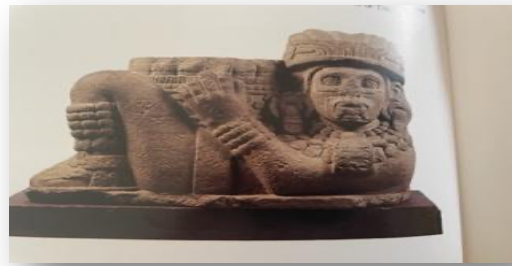


Figura 14 Chac-mool

En el Museo del Templo Mayor, en la sala dedicada a Tláloc, se encuentran numerosas vasijas en forma de útero, máscaras, fauna marina (peces, caracoles, conchas, corales, tortugas, ranas, cocodrilos, etc.) que se asocian al agua, la fertilidad, la vida y los sacrificios sangrientos (uso de pintura roja, piedras verdes, cuchillos de pedernal). (Figuras 15, 16, 17, 18) ¿A pesar de sus distintos atributos, se pueden nombrar siempre con la misma palabra: Tláloc?



Figura15



Figura 16



Figura 17



Figura 18

El descubrimiento de numerosas figuras zoomorfas y humanas asociadas al agua y a fenómenos meteorológicos, denominadas todas ellas Tláloc, no debe separarse de su contexto. No es casual que en el mismo sitio se hayan encontrado grandes monolitos en serie (*tzitzimine*) identificados con diosas fertilidad y mundo femenino como Mayahuel, la llamada diosa verde del maguey; Coyolxauhqui, una figura humana cuyas cuatro extremidades están separadas, con senos y atributos de águila, guerra, muerte (calavera) y vida (cinturón de serpiente); Coatlicue, un conjunto de símbolos que no pueden identificarse con lo humano (a excepción de las cuatro manos) pero sí con la abundancia (reproducción) y la fertilidad por presentar numerosas serpientes o cordones umbilicales, corazones y la cabeza de dos serpientes encontradas⁶ con lengua bífida y colmillos; Yolotlicue, una pieza similar a Coatlicue pero formada de cascabeles de serpiente; y Tlaltecutli, una figura en posición de parto mitad mujer, mitad felino con garras abiertas de cuya falda emergen serpientes. Su lengua roja quizás se conectaba con el vientre indicando el papel central de la sangre en el ciclo de la vida-muerte. Su cabellera en forma de olas remitiría al agua. (Figuras 19, 20, 21 y 22)



Figura 19. Mayahuel



Figura 20. Coyolxauhqui

⁶ Bonifaz Nuño, Rubén, *Imagen de Tláloc: hipótesis iconográfica y textual*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1986, p. 29.



Figura 21. Coatlique



Figura 22. Tlaltecutili

Otro monolito identificado con la diosa Tlaltecutili presenta atributos faciales que comparte con Tláloc. (Figura 23)



Figura 23. Tlaltecutili

Insistimos: la mayor parte de los objetos encontrados hasta ahora en el Templo Mayor — que en muchos casos carecen de células explicativas— se asocian con la fertilidad, el parto, la muerte, el útero y los círculos o ruedas que representan el tiempo cíclico de la reproducción. Presentan múltiples formas, colores (cuando los conservan) y representaciones glíficas en incensarios, vasijas, ollas, etc. ¿Cómo reconocen los arqueólogos, antropólogos e historiadores al famoso dios Tláloc? ¿Lo reconocen por las dos serpientes enroscadas que conforman su nariz, sus ojos (anteojeras) y su boca con dos colmillos de serpiente? ¿Es esto un dios o una diosa, cuando las dos serpientes enroscadas que forman su nariz nos remiten a una de las formas más comunes del apareamiento de estos ofidios? (Figura 24)



Figura 24. Serpientes apareándose.

Desde mi punto de vista, nombrar Tláloc a distintas representaciones que no comparten los mismos atributos, como vemos en el Templo Mayor, es una generalización que nos conduce por un falso camino, el camino de los nombres otorgados por los frailes al mundo indígena, un mundo complejo el cual no podían imaginar en tanto carecían de experiencias similares. Es evidente que en el México prehispánico estas representaciones (Tláloc) tuvieron una función mágica o religiosa, de culto, pero cada pieza debe interpretarse de acuerdo con su momento de elaboración y su entorno, sin los prejuicios cristianos relacionados con la sexualidad y el antropocentrismo (los géneros masculino, femenino o neutro) porque la unidad de los mundos orgánico e inorgánico parece ser una constante en Mesoamérica.

En otras religiones antiguas (Babilonia, Egipto, India, la Grecia Arcaica, etc.) el agua es el principio generador del mundo, y quienes dotan de agua son generalmente potencias femeninas, debido a la relación de la mujer con la sangre menstrual y el calendario lunar, con lo uterino y lo húmedo como fuente del nacimiento, de la vida, la fertilidad y la cíclica reproducción. Pocas veces encontramos dioses masculinos o parejas de varón y hembra. Dicen los españoles que en el Caribe los taínos tenían a la figura híbrida de Atabey como poderosa sobre las aguas y la fertilidad, y los incas le rendían culto a la Pacha Mama (tierra y fertilidad), Mama Cocha (madre de las aguas) y Mamaquilla (la Luna, madre del matrimonio y el ciclo menstrual), las cuales, identificadas como figuras femeninas, serían sustituidas, tras la conquista, por advocaciones de la virgen María, como en México en el caso de Tonatzin Guadalupe.

Podríamos pensar que la presencia de anillos, círculos y ruedas de piedra en esas representaciones indican sacralidad y se refieren al calendario lunar (menstrual), o sea, a la concepción cíclica del tiempo. Así, las plazas destinadas al juego de pelota que encontramos en casi todos los centros ceremoniales mesoamericanos pueden pensarse

como lugares para propiciar la abundancia. Por los grandes anillos de piedra colocados en ambos lados de dichas plazas, en correspondencia con los signos calendáricos, los jugadores debían introducir la pelota, algo que se podría interpretar como un símbolo del coito y, al mismo tiempo, del tiempo circular. Asimismo, las danzas y el depósito de cadáveres en ollas en forma de útero acompañados de diversos restos de organismos acuáticos pueden leerse como expresiones simbólicas de la muerte como retorno de la vida.

Las imágenes integradas de lo masculino y lo femenino (Tláloc-Chalchihuitlicue), híbridas o ambivalentes,⁷ o imágenes que remiten a una sola naturaleza (humana, orgánica e inorgánica) se correspondería con el espacio cerrado del tiempo cíclico donde la ambivalencia implica el permanente cambio y no la creencia en un mundo de binarios (lo masculino y lo femenino, lo bueno y lo malo, lo divino y demoniaco) como opuestos. Ahora bien, la persistencia de cultos relacionados con la agricultura, la fertilidad y la reproducción nos podría hacer pensar que muchas de estas sociedades estaban organizadas en forma matrilineal, es decir, la sangre de la madre determinaba la posesión y la crianza de las hijas y los hijos, al igual que los sistemas de parentesco privilegiaban el ascendiente femenino; lo cual no querría decir que la parte masculina careciera de valor, posición y poder, y que no existieran comunidades patrilineales. De todos modos, estas ideas son producto de una visión patriarcal donde un ser humano (del género que sea) es el centro del mundo.

Por último, me remito a la película documental de Sandra Rozental y Jesse Lerner, *La piedra ausente*, donde narran los problemas gubernamentales para el traslado del gran monolito esculpido en basalto con un peso de 167 toneladas atribuido al dios Tláloc del lugar donde yacía hacía siglos cerca del pueblo de Coatlinchán, Texcoco, al Museo Nacional de Antropología de la Ciudad de México donde se encuentra hoy. Resulta de especial interés el hecho audible de que los habitantes de la región llamen a este monolito la Señora del Agua o Chalchiuhtlicue, como algún día afirmó Chavero, pero los funcionarios lo identifiquen como dios del agua, la lluvia, los montes y la fertilidad. Además de sacar la enorme piedra en contra de la voluntad de dichos habitantes, el arquitecto Ramírez Vázquez y los funcionarios capitalinos la colocaron de pie, en posición

⁷ Rubén Bonifaz Nuño plantea que si hubiera habido dualidad y lucha de contrarios estos se hubieran anulado o inmovilizado entre sí. Para él se trata de una tríada fecunda, donde el tercero es el hombre.). Sin embargo, la manera como la flora, la fauna y los seres humanos se integran en una sola naturaleza no correspondería a la idea humanista-renacentista del hombre como centro y medida de todas las cosas. R. Bonifaz Nuño, *op. cit.*, pp. 137, 139-143, 152.

vertical, con su única cara viendo al Paseo de la Reforma, en lugar de la posición horizontal que como símil o en diálogo con el Iztaccíhuatl había sido esculpida y usada como el altar de un sitio de culto por los prehispánicos probablemente en el siglo III de nuestra era.⁸ El monolito se encuentra en pésimas condiciones, pero en efecto su forma se asemeja más que nada a la escultura de Chalchiuhtlicue. (Figuras 6 y 25)



Figura 25. Tláloc. Museo Nacional de Antropología e Historia.

Bibliografía

- ARNOLD, Philip P., *Eating landscape: Aztec and European occupation of Tlalocan*, Niwot, University Press of Colorado, 1999.
- DURÁN, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de tierra firme*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones, 1995.
- PASZTORY, Esther, *The murals of Tepantitla, Teotihuacan*, New York, Garland STPM, 1976.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, *Tamoanchan y Tlalocan*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- BONIFAZ NUÑO, Rubén, *Imagen de Tláloc: hipótesis iconográfica y textual*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1986.
- ROZENTAL, Sandra y LERNER, Jesse, *The Absent Stone* (2013), 1:21:16 mins., www.lapiedraausente.com; <http://vimeo.com/154258509>

⁸ Sandra Rozental y Jesse Lerner, *The Absent Stone* (2013), 1:21:16 mins., www.lapiedraausente.com, <http://vimeo.com/154258509>